



D. DIEGO DE PEÑALOSA

Y

DOÑA MARIA LEONARDA.

SEGUNDA PARTE.

Ya dije como en el monte,
entre ánsias y congojas,
amarrada en aquel árbol
quedó aquella hermosa rosa,
y su Padre la buscaba
todo lleno de zozobras,
y no pudiendo encontrarla,
á sí mismo se desdora,
reconociendo su yerro,
y á veces un puñal toma
para quitarse la vida,
sin tener misericordia;
pero le detiene el brazo
la pasión tan amorosa

de su hija, que la siente
mas que á su misma persona,
y vivo puede buscarla,
lo que muerto no era cosa.
Y así que amaneció el día,
de nuevo á buscarla torna;
pero no la pudo hallar,
por mas que con cuidadosas
diligencias registraba
las mas ocultas alcobas,
y perdida la paciencia
y las esperanzas todas,
á su casa se volvió,
y á su muy querida esposa

llorando le refirió,
su desgracia lastimosa,
la cual anegada en llanto,
fueron tantas las congojas,
las angustias y fatigas
de aquella noble Señora,
que no hay lengua que las diga
pues confunden la memoria;
y sin detenerse un punto
convocan luego à la hora
veinte hombres que la busquen
con prontitud presusosa,
con ellos và D. Martin
por cabo de aquella escolta,
D. Juan de Lara llorando
su pérdida tan notoria.
Pero así como salieron,
Doña Maria su esposa
para escribirle à D. Diego
tomó discreta una hoja
de un llano y terso papel,
y de esta suerte lo nota:
Sabrá usted muy Señor mio
D. Diego de Peñalosa,
como en mi casa sucede
la desgracia mas penosa,
que se ha oido, ni se ha visto
en cuanto el orbe corona.
Y fue el caso sucedido,
que ayer D. Martin de Soria
à mi marido pidióle
à mi hija por esposa,
y sin saber su dictámen,
se la ofreció, y ella airosa,
por reservar vuestro amor,

y vuestra voluntad propia
contradijo la palabra
de su padre, y con furiosa
osadia la llevó
à unos montes y con sogas
amarrada la dejó
por una amenaza sola.
Y cuando volvió à buscarla,
no la halló (terrible cosa!)
ya discurro, que sin duda
fieras del monte aulladoras
le habrán quitado la vida;
V. merced la socorra,
y de su parte procure
buscarla, pues que le toca.
Ya no puedo escribir mas,
porque las letras se borran
con el agua de mis ojos,
por estar tan pesarosa.
Con esto cerró el papel,
y à D. Diego se lo porta,
el cual, habiendo leído
lo que las letras mencionan,
dijo con grande dolor:
Ya se acabaron mis glorias,
ya no he menester mas galas,
ya mis riquezas me sobran,
no sea yo desde hoy
D. Diego de Peñalosa,
si como mi amada prenda
no parezca primorosa,
cuantos fueron causa de ello
han de morir en deshonra,
y D. Martin el primero,
para que el mundo conozca

de un fino amante el valor,
que justa venganza toma.
Esto dijo valeroso,
y mudándose de ropa,
toma un trabuco y un frasco
y tambien cuatro pistolas,
y con grande sentimiento
dijo: á Dios, Madre y Señora
á Dios hermanos y hermanas,
á Dios mis doncellas todas,
á Dios parientes y amigos,
á Dios Reina poderosa,
Virgen Santa del Pilar,
Abogada, protectora
de todos los pecadores,
que afligidos os invocan,
en vuestro nombre fiado
hoy salgo de Zaragoza,
y he de conseguir mi empresa
siendo Vos mi valedora.
Y entrándose por los montes,
en la espesura se engolfa,
registrando sus malezas,
y á poco trecho se topa
con D. Martin y al instante
le disparó una pistola
con dos encendidas balas,
le entró el tiro por la boca,
y allí se lo dejó muerto
sobre las verdes alfombras,
sin ser oido ni visto
de ninguno de su tropa.
En esta sazon serian
de la tarde las seis horas,
y el Sol iba retirando

al Occidente su antorcha,
cuando oyó suaves voces
tan sentidas y quejosas,
tan tristes y delicadas,
que el corazon le aprisionan,
que decian: Virgen pura
del Pilar de Zaragoza,
pues sois Madre de afligidos,
de tristes consoladora,
amparadme, Madre mia,
en esta última hora,
y alcanza de vuestro Hijo
para mi alma la gloria.
Sobresaltado y confuso,
y con prisa muy celosa
fue por los écos llegando
donde estaba esta Señora
toda anegada en suspiros,
cuajada toda la ropa
de las perlas, que sus ojos
derramaban bulliciosas,
y llegándose bien cerca,
le dice: Blanca Paloma,
tén ànimo, dueño mio,
que mi fortuna dichosa
á tus plantas me ha traído
para aliviar tus congojas,
entonces volvió los ojos,
y dijo muy animosa:
ó es ilusion lo que miro,
ó D. Diego se me antoja:
No es ilusion, le responde
mi bien, mi vida, y mi gloria,
que estoy sintiendo tus males,
y soy el que mas te adora

y cortándole las uerdas,
que oprimian su persona,
la fue sacando en sus brazos
de aquella espesura tosca,
hasta que llegó á una Quinta,
donde su caballo toma,
y con su prenda querida
entró alegre en Zaragoza;
y á la casa de sus padres
la llevó con mucha honra,
á tiempo que ya venian
don Juan de Lara y su tropa,

FIN.

y á D. Martín tralan muerto,
que en el monte se lo topa;
sin saber quien lo mató,
ni de ello hubiese memoria;
y á Don Diego le abrazaron
con gran bizaria y pompa,
y de todos á una voz
victoriosos y aplausos logran,
y al cabo de pocos dias
se celebraron las bodas,
donde viven muy gustosos
D. Diego y su prenda hermosa.

Sevilla, Imprenta de la Viuda de Caro, calle de Génova
núm. 11 nuevo, donde se hallará gran surtido de Historias,
Romances, Relaciones, Estampas de á
medio pliego y Novenas,